

EL MORO CAUTIVO

C. Vidal Llaser

La alarma sonó al despuntar el alba. Las campanas de la iglesia, las trompetas, el humo de las fogatas.

Era la primera vez que Amet desembarcaba en la costa de la isla, con una partida de moros, para robar ganado. Cometían sus fechorías y volvían a reembarcarse. En ocasiones, sin embargo, los campesinos daban buena cuenta de ellos. Esta vez la cosa no rodaba muy bien, y Amet, con su camisa azul y su fez rojo, permanecía inmóvil, agazapado entre las matas, y oía cerca las voces de sus perseguidores. Sus compañeros se habían dispersado, corriendo detrás de unas cabras, y también habían sido sorprendidos. Algunos disparos, flechas y piedras cruzaron el aire y se escuchaban gritos por ambas partes. Amet pudo ver a algunos de los suyos que llegaban hasta su barca, mientras otros caían heridos o eran hechos prisioneros. En aquel instante levantó los ojos y apenas se dio cuenta de que unos hombres se echaban encima de él y lo sujetaban con fuerza obligándole a rendirse. Amet volvió la cabeza y escupió con desprecio. Era un hombre joven, pero su cara demacrada y barbuda daba la impresión de un hombre agotado y que se sentía dolorido sabiendo que esto significaba el final de su libertad.

La luz de la mañana se extendía ya sobre un paisaje de contornos claros. El camino, bordeado de matorrales, presentaba los surcos inconfundibles de las ruedas de los carros. La casa aparecía solitaria al pie de una colina poco elevada, cubierta de algarrobos y algunas higueras. Era una estancia grande, protegida por un pórtico, y separada de ella se veían otras edificaciones más pequeñas, las cuadras y los corrales para el ganado, cubiertos con un sombrajo de ramajes. Cuando llegaron había un hombre echado sobre la paja cargada en un carro y otro tumbado en una mecedora, en el pórtico. Este último daba unas voces que estallaban en el aire amenazadoras.

— ¡Juan! ¿Qué diablos estás haciendo? ¡Te mataré si no dejas de ser tan vago! ¡Esta paja está quemándose!

— ¡Ya voy, ya voy! —replicó el del carro.

El hombre de la mecedora era Francisco Laudes, un campesino viejo, delgado, con un rostro quemado por el sol y unos ojos duros y relucientes. Hablaba con una voz gangosa que se perdía extrañamente a pesar de su irritabilidad. De pronto debió escuchar algún ruido cerca y se volvió sorprendido. Unos hombres de las milicias conducían a Amet, el moro cautivo.

— Conque tú eres el esclavo moro —dijo el hombre— Aquí tendrás que trabajar duro, ¿comprendes?

Amet escuchó las palabras del viejo como si no fueran para él. Había algo imperceptible en sus palabras, en el ambiente que le rodeaba, que el esclavo captó en seguida y que le hizo sonreír irónicamente. El hombre del carro seguía echado sobre la paja. Un perro esperaba tendido junto a la puerta. Una vaca permanecía atada a un árbol, rumiando. El hombre de la mecedora arremetió otra vez contra el del carro.

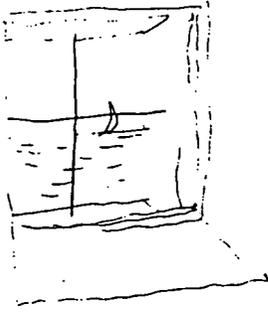
— ¡Maldita sea! ¡Juan! ¡Ven aquí, idiota, y dile a este lo que tiene que hacer!

Los hombres que habían conducido al esclavo se despidieron y el viejo Laudes continuó tumbado en su mecedora.

El viejo Laudes era uno de los campesinos más notables del lugar. Estaba enfermo desde hacía tiempo y se había casado con Ramona, una campesina mucho más joven que él, una mujer ambiciosa y llena de malicia, que no se doblaba ante



Porrera 46.



—Está bien —advirtió—. Si quieres continuar de este modo vas a morir aquí de viejo y como un perro, tirado en este mismo establo. Nunca alcanzarás la libertad.

El viejo Laudes era dueño de una gran extensión de tierra y necesitaba de mucha gente para trabajarla y hacerla productiva. Era un tipo activo e indolente a la vez y confiaba a su mujer, que lo tenía dominado por completo, el cuidado de sus negocios, mientras él se sentaba en su rústica mecedora, en el pórtico, fumando su tabaco pota, o haciendo de vez en cuando alguna visita a sus tierras y dando órdenes de las que nadie hacía mucho caso. En el fondo era un buen hombre, que pretendía aparentar lo que no era, profundamente religioso, que rezaba todas las noches y que pensaba mucho en su salvación, hasta el punto de que esta idea se había convertido para él en una extraña obsesión. El esclavo moro se le apareció desde los primeros días como un monstruoso renegado de Cristo al que también había que salvar. Pero tenía que dar tiempo al tiempo, primero hablándole de esas cosas aparentemente sin sentido hasta llegar a un punto en que el esclavo viera claro y deseara escuchar con atención. Pero, ¿qué era lo que le podía decir? —pensó. Su fe era como un rastro oscuro que le venía de muy lejos, un raro fanatismo al que muchas veces ni él mismo encontraba explicación. La noche en que se decidió a hablarle ocurrió que el esclavo había desaparecido y nadie sabía de él.

—Ese perro se habrá largado —dijo Ramona con indignación.

Y fue ella misma la que ordenó que salieran unos cuantos hombres y los perros, con Juan al frente, para ver si podían encontrarlo.

Amet corría desesperadamente, con la ilusión de encontrar alguna barca y poder huir. La luna estaba muy alta e iluminaba los campos y el mar. Amet se hallaba ya muy cerca de la costa cuando escuchó los ladridos de los perros que le estaban pisando los talones y que ahogaron todo su ímpetu y le llenaron de una rabia incontenible contra aquellos animales. Pero no tuvo ni tiempo de reaccionar. Los hombres ya estaban allí, y el esclavo volvió una vez más a perder sus esperanzas. Lo devolvieron a la casa, y Ramona mandó que lo azotaran y le pusieran una anilla de hierro en la pierna.

Llegó una noche en que empezó a llover como nunca lo había hecho. Grandes olas de agua caían del cielo y lo destruían todo, dejando las rocas peladas, derribando paredes, quemando las cosechas. El torrente bajó desbordado y anegó los huertos, llenó las tancas y los caminos y se llevó los restos de los animales. Amet había trabajado desesperadamente y, con los ojos aturdidos de cansancio y de sueño, trataba inutilmente de dormir. La madrugada empezaba a dar luz a las cosas, y de pronto el esclavo escuchó unas voces que se acercaban. El viejo Laudes entró en el granero y se sentó a su lado, mandando a Juan que quitara la anilla de hierro del esclavo.

—Esto se acabó —dijo—. En otro tiempo fuimos con los pies descalzos haciendo rogativas para que cayera un poco de agua...

Amet permanecía callado mirando la sombra larga y encorvada del viejo. No tenía nada que decir.

—Esta tierra debe estar maldita —continuó el viejo.

De pronto dio un respiro y preguntó si aún estaba a tiempo de salvarse.

—¿Crees que todavía puedo salvarme?

—No sé de que me habla ni me importa —dijo Amet.

—El infierno. ¿Tú no crees en el infierno?

El viejo estaba llorando.



nada y que hablaba siempre del tiempo y de las cosechas y hacía mil proyectos con respecto al porvenir. Cuando vio por primera vez al esclavo moro un remolino de nubes espumosas oscureció por un instante sus ojos. Aquel hombre le traía visiones de un mundo desconocido, y desde su llegada se sentía una mujer atormentada, necesitaba alternar sus vulgares y cotidianas realidades con unos sueños imprecisos que no sabía ni siquiera soñar, sus sentimientos que creía más puros con las locuras más extrañas y fantásticas. Espiaba a Amet siempre que podía, cuando éste amontonaba el estiércol en los corrales, cuando cortaba los troncos de los árboles, cuando trabajaba en el huerto o en el granero.

—¿Te gustaría ser libre? —Le preguntó una vez.

Amet encontró aquellas palabras tan estúpidas que se limitó a mirarla con unos ojos huraños y descreídos.

—No me crees, ¿no es eso? Sin embargo, si se presentara la oportunidad...

El esclavo contrajo el semblante como si tuviera ante él algo asqueroso y repulsivo. Odiaba a aquella mujer desde el primer día. Le parecía falsa y cruel, dispuesta a traicionarle cuando menos lo pensara.

—Todo lo que tienes que hacer es ser un poco más amable conmigo —añadió Ramona.

Amet no hizo ningún caso de lo que le decía y siguió sin hablar. La mujer sintió una rabia helada que le corría por todo el cuerpo. Pensó que debía castigar a aquel idiota, hacerle daño, atraérselo si era necesario por el terror. Le obligaría a los trabajos más duros, le enseñaría que él era en aquella casa su esclavo. Le atormentaría día y noche hasta no dejarle un minuto en paz.